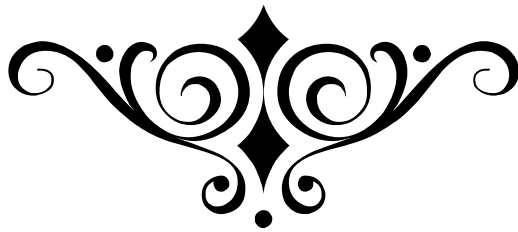


VIENTO DE AGUA



Viento de agua

Maria González Forte

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788416799022

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2016 María González Forte
© 2016 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Con mi agradecimiento a María del Carmen, Dolo, Milagros, María José y Juan, porque sin tener tiempo, lo buscaron para mí.

María.

Índice

Capítulo 1: Azoteas	11
Capítulo 2: Siestas y santitos	15
Capítulo 3: Los motes.....	19
Capítulo 4: Mujeres atrevidas.....	21
Capítulo 5: El tío de Cuba	23
Capítulo 6: Una historia de miedo	27
Capítulo 7: Siguen las historias de miedo.....	31
Capítulo 8: La decisión tremenda	35
Capítulo 9: Sor Julita.....	37
Capítulo 10: El colegio	39
Capítulo 11: El patio	41
Capítulo 12. María Reyes.....	45
Capítulo 13: Estrategia	49
Capítulo 14: ¿Qué hacen los niños?	51
Capítulo 15: Libertades	53
Capítulo 16: El collar de colores	55
Capítulo 17: Lavaderos	59
Capítulo 18: La niña del convento.....	63
Capítulo 19: Damas.....	67
Capítulo 20: Resentimiento	71
Capítulo 21: Carmelilla	75
Capítulo 22: La llegada del otoño.....	79
Capítulo 23: El orden establecido	81
Capítulo 24: “No son más felices los que más tienen”	85

Capítulo 25: Cumpleaños feliz	87
Capítulo 26: El recado de la señora	91
Capítulo 27: La venda de los ojos.....	93
Capítulo 28: Mujeres	97
Capítulo 29: La señora.....	99
Capítulo 30: Hay que hacer algo.....	101
Capítulo 31: Decisiones.....	105
Capítulo 32: Primores contra la adversidad.....	107
Capítulo 33: Nuevos horizontes	113
Capítulo 34: Amores.....	115
Capítulo 35: Claridad en los claustros.....	117
Capítulo 36: Mis queridísimos padres	119
Capítulo 37: Los miradores.....	121
Capítulo 38: Complicidades entre mujeres	123
Capítulo 39: Confidencias.....	125
Capítulo 40: El arte de vivir	127
Capítulo 41: Novedades.....	129
Capítulo 42: Fortaleza.....	131
Capítulo 43: Acuerdos	133
Capítulo 44: Madurez de Agustín.....	137
Capítulo 45: Cada momento	139
Capítulo 46: Hijos del corazón.....	141
Capítulo 47: La visita.....	143
Capítulo 48: ¿Papá era rico?	147
Capítulo 49: Confesiones	151
Capítulo 50: El Rosario de la Aurora	153
Capítulo 51: Fiestas de guardar.....	155
Capítulo 52: “Si hubiera sabido...”	159
Capítulo 53: Viento de agua.....	161
Epílogo para: “Viento de agua”	163

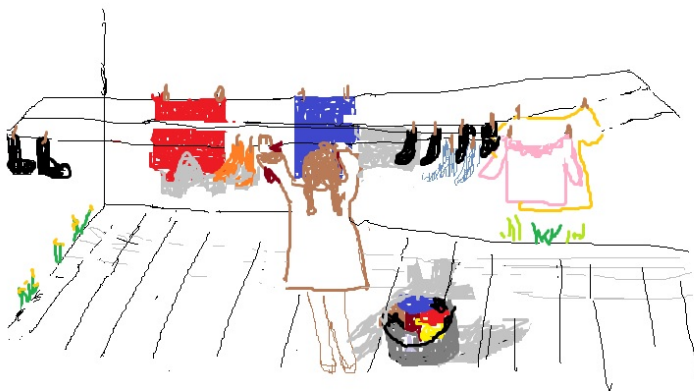
María González Forte

VIENTO DE AGUA

Capítulo 1: Azoteas

Cogió el barreño con la ropa húmeda y se puso a tenderla. Si seguía ese vientecillo pronto la recogería. Como en cualquier azotea andaluza, las ropas se tendían perfectamente organizadas. Camisas con camisas, del revés que el sol juega malas pasadas aún en septiembre, bien sujetas con suficientes pinzas, camisetas con camisetas, cada calcetín con su par... Como si las vecinas tuviesen tiempo de fisionomía.

“Si algo queda estropeado o descosido, se lleva donde nadie lo vea, hasta que después se repase”. Cuando tendía, siempre le parecía que se sometía a examen. Las madres andaluzas siempre enseñaban a sus hijas a tender bien, porque es uno de los pocos espacios comunes donde podían interrumpir la faena y charlar un poco sin la intervención de las entrometidas abuelas, encargadas de que nada cambie, o sin la proximidad de los hombres recriminando cómo pierden el tiempo de chachara con la comida sin acabar.



Las madres andaluzas sabían, saben, que mientras se habla se corre el peligro de ver los zurcidos de lo tendido, las manchas rebeldes, los eternos blanqueados de ropa tiñendo el suelo de un blanco inmaculado bajo el sol. Se puede ser pobre, pero no sucia. Tener zurcidos, pero no rotos. Los descosidos, los rotos, ponen en tela de juicio el tipo de familia que uno tiene. La ropa bien tendida, sin agujeros, supone una mujer que cuida un hogar, que no malgasta la ropa aprovechable, que valora el escaso dinero que lleva el padre tras la jornada.

Mi camisa está vieja, pero tiene los botones en su sitio, repasados con hilo de su color, decía el hombre cuando iba a pasear con aquella novia tan moderna que tan poco gustaba a su madre. Hoy ha venido a verme con otros zapatos distintos pero, para qué demonios querrá tantos zapatos si solo tenemos dos pies...susurraba la abuela. Más le valiera aprender a coser que si no el día que tenga hijos los va a tener que amarrar para que no rompan los pantalones en la calle.

—Hijos o hijas, ¿no? Abuela...

—No sabihonda. Las hijas no juegan en la calle de rodillas, ni se suben a los árboles de la plaza.

El olor a café recién hecho era motivo suficiente para que se interrumpieran las faenas y se sentaran todos alrededor de la vieja mesa de madera de la cocina. Y ya nunca olvidarán esas tertulias familiares, interrumpidas a veces por la novela de turno que permitía a los hijos volver a jugar sin parar y dejar otro momento de expansión a las mujeres...

La hora de la novela era silenciosa, pero no inútil. La madre planchaba, la abuela repasaba los calcetines. No se podía poner la máquina de coser porque hacía demasiado ruido. Tanta emoción se vivía en aquellas horas sencillas que hasta los niños sabían que no debían quejarse, pegarse, caerse o cualquier otro tipo de interrupción inesperada que pusiese en evidencia hasta qué punto se podía llegar a enfadar una madre.

A la caída del sol, las madres llamaban por las ventanas a sus retoños. En las cocinas, grandes ollas repletas de agua, hervían para llenar los barreños e ir enjabonando a los hijos: primero el más

pequeño...pijama, biberón y a la cuna. El agua que quedaba se volvía a calentar con una nueva olla. Otro hijo. Y otro. Y los que fueran. Cenas. Cuentos. Silencio... ¡Quédate con nosotros, abuela, que me han contado una historia de miedo y no me puedo dormir! Con toda la paciencia del mundo, la anciana se sentaba entre las camas, hasta que los pequeños caían reventados de la dura actividad de jugar. ¿Qué edad tendrían...? Pues exactamente no se sabe. Pero recuerda que un día despertó de noche y la abuela se había marchado del cuarto...la buscó por toda la casa...y la encontró durmiendo en su cama.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿Por qué te has ido de mi cuarto? Yo creía que te quedabas toda la noche.

La abuela levantó la manta.

—Ven, estás fría chiquilla. Pero cuando amanezca, antes de que se levanten tus padres, tendrás que acostarte sola en tu cama, o se enfadarán conmigo. ¡Ah! mañana me subes el barreño con la ropa y me ayudas a tender, ¿Vale?

El colchón de lana y la seguridad de su compañía hicieron que se sintiera la reina del mundo. Nada, ni vientos ni lluvias, ni tormentas ni pesadillas. Solo la oscura noche, que dejó de parecer tan negra.

Capítulo 2: Siestas y santitos

Fuera invierno o verano, la hora de la siesta era sagrada. Para la abuela, al balanceo de la mecedora le acompañaba el baile del abanico si apretaba el calor. A la hora de la siesta, la cocina estaba recogida, y el salón limpio y en penumbra. Tras la abuela y su constante vaivén, un macetero alto de madera oscura, un plato viejo de cerámica blanca y una aspidistra de grandes hojas verdes, que a su vez se contoneaban al compás de la mecedora. A veces, las niñas de la casa miraban el espectáculo esperando que en algún momento del baile, un impulso mayor rozara y cayera la maceta y el plato. Pero nada. El roce era tan suave que impedía la diversión. No podían dejar de reír imaginando tantas diabluras. Y es que eran movimientos aprendidos al compás de los años. Pero entonces no lo sabían.



Otro tintineo era el de la cadenita de oro con un sin fin de santos de distintos metales.

—No pega... —Y la abuela sin dudarle respondía.

—¿Y qué tiene que pegar?

—Pues que una es del Sagrado Corazón de oro, otra una Medalla Milagrosa que no es ni de plata, llevas atado un escapulario, la Virgen de Lourdes que te regaló la tía...como te caigas no te levantas. Y sin perder la paciencia respondía:

—Es para no caerme, por lo que me las pongo, mamarracha.

Entonces la niña creía que caer era sólo caer al suelo, pegar un batacazo, darse un golpe, chocar contra algo...cuando en realidad la única caída que la abuela temía era verse privada del cuidado de Dios. Pero Dios se ocuparía de las personas más principales, vamos, más importantes, ella con sus santitos y el Cristo de Medinaceli iba sobrada.

La habitación de la abuela era preciosa. Tenía un cierro con visillos blancos, por el que se colaba el día y creaba un clima muy agradable. Situado en una esquina, había un armario con un gran espejo. Una peinadora en la esquina de enfrente, también con espejo, le daba al dormitorio la claridad que la luz de la calle reflejaba en él. En medio de los dos muebles, una mesita redonda, con pañito de crochet blanco y almidonado, y sobre ésta un Niño Jesús que continuamente recibía besitos en los pies. Una cama de madera hacía juego con los muebles, las mesitas de noche altas, y un cuadro con un Corazón de Jesús en la cabecera.

En el lado donde dormía la abuela, otro protector: un San Antonio de barro, que como costó caro estaba colocado alto en la pared para que no se les ocurriera caerlo con el besuqueo que ya soportaba el Niño Jesús resignado. Por si no fuera poco, entre dos cristales, la anciana tenía fotos de un hijo que murió a los pocos meses de nacer, de su padre, de algún tío lejano. Toda aquella persona que ella apreciaba, al morir quedaba entre sus cristales para recibir las oraciones correspondientes. Y delante un vaso con aceite, y flotando en él, una mariposa siempre encendida. Esa llamita daba seguridad en unos tiempos donde la luz se apagaba para no gastar.

A los niños les encantaba visitar ese lugar porque en el exterior del balcón se oía piar a las crías hambrientas de las golondrinas.